

Niño Negro

Viglietti • Acosta



Viglietti, Nicolás

Niño negro. - 1a ed. - Córdoba : el autor, 2015.

194 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-33-8171-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 15/07/2015



Contamusa

www.editorialcontamusa.com.ar

facebook.com/contamusa

Andrés Acosta:

www.artstation.com/artist/karnevil9



HOLOGRAMA

Corrector Matías Zanetti:

<http://hologramacomics.com.ar/>



Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Esta licencia permite copiar, compartir, distribuir, exhibir, modificar y crear a partir de la obra de modo no comercial, bajo la condición de reconocer a los autores y mantener esta licencia para las obras derivadas. creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

Niño Negro

Escrito por Nicolás Viglietti
Ilustrado por Andrés Acosta



No se aceptará, bajo ninguna contemplación, la misericordia.

-Viajes Interestelares, Decálogo del Explorador Espacial, Norma VII



MADRESELVA

-Capítulo 6-

Sucedió un día que el Niño Negro creyó encontrarse frente a un espejo o algún producto de los desvaríos de su propia cabeza. Por primera vez, sintió incredulidad ante la perfección de lo que encontró. Comenzó a moverse alrededor, en círculos, hasta que pudo observar del todo al que parecía ser su negativo.

El hombre era perfectamente blanco, muy delgado y colgaba en el vacío del espacio de manera casi pensativa. Tenía a su alrededor algunos harapos, rasgados por todas partes, que lo envolvían como una gran capa de viaje. Saliendo de la nada y también rodeándolo había muchísimas raíces, ramajes retorcidos y pequeños brazos de un vegetal tan grisáceo como él mismo en algunas de sus coyunturas. El ramaje lo envolvía ensortijadamente cual serpiente y el hombre blanco de cabellos negros permanecía, de ojos cerrados, en el vacío que le rodeaba.

El Niño Negro se acercó, lo observó, giró alrededor, lo tocó con cierta vergüenza de entrometido y, finalmente, sacó la lengua roja roja roja y le lamió un poco la oreja. El hombre no respondía a nada, y parecía más un cadáver o una estatua que un ser vivo.

Irónicamente, el Niño Negro perdió el interés en él casi enseguida; algo sin respuesta le daba mucha libertad de pensamiento, y era justamente eso lo que buscaba evadir. Sin embargo, antes de irse emitió, casi sin quererlo, una despedida telepática.

No pudo saber bien qué fue o como describirlo. Más o menos lentamente, empezó a oír dentro de su cabeza un sonido, casi un chasquido, el quejido de una tabla demasiado vieja o un lamento de la madera que se acomoda por la humedad o el calor. Era ilógico pensar en eso, claro, pero eso fue lo que le pareció oír dentro de su mente (o sentir, como se siente la vida de un árbol cuando aproximamos la mano), y eso le hizo girar la cabeza una última vez a mirar al hombre en el medio de la nada.

Al principio no distinguió nada diferente pero, finalmente y tras un buen rato, el Niño Negro lo notó. Casi imperceptiblemente y de manera exasperante, el Hombre blanco y pensativo empezaba a abrir los ojos; muy lentamente, casi a velocidad de caracol o babosa, encontraba divertimento en demorar el instante. El resto de él no se movía en lo absoluto; solamente permanecía el abrir de ojos, lento y pachorriento, y el ruido a madera prolongado en la cabeza del Niño.

Con la curiosidad despierta, el Niño Negro decidió permanecer cerca de él. Demoró mucho en abrir los ojos; eran, en realidad, dos ojos de madera tallada en relieve, con pequeños detalles oscurecidos en lo que sería la pupila. Asimismo, ese Hombre blanco de cabellos negros, envuelto en harapos y ramas, encogido

en el medio del espacio, parecía empezar a moverse con mayor velocidad. Lento, aún lento, pero más rápido que antes.

El ruido de la madera había variado un poco, pero no demasiado, y le había cansado oírlo durante tanto tiempo, especialmente en un lugar donde el sonido no debía propagarse. Finalmente, el ruido de la madera cesó; el Hombre fijó sus ojos de madera en el Niño Negro que, como un cachorro, lo miraba de costado, expectante, con curiosidad diluida por la espera. El hombre intentó comunicarse y nuevamente se escuchó un crujido de madera; hacía un evidente esfuerzo por vocalizar de manera serena.

Al fin dio con la tecla y, no sin esfuerzo y resabios de crujidos de madera, el Hombre habló.

-Hola- dijo sencilla y lentamente.

-Hola- devolvió el saludo el Niño Negro, perfecto en su sencillez.

Se quedaron mirándose largamente. El Hombre blanco miraba con sus ojos de madera al Niño Negro de ojos negros azabache, y cada uno veía en los ojos del otro, en cierta manera, su reflejo.

-¿Has venido a oír la historia?- dijo el Hombre de Madera.

-¿Qué historia?- dijo el Niño Negro, sinceramente curioso.

-La Historia, Mi Historia- se sorprendió el Hombre de Madera, atezado por la lentitud de su tono –Todos los que me despiertan vienen a oír mi Historia-

El Niño Negro lo miró largamente y luego contestó:

-No sé qué ni quién eres, ni sé de qué se trata tu historia, pero si quieres contármela no me negaré a oírla-

El Hombre de Madera hizo una sonrisa pausada antes de contestar.

-De acuerdo. Ya estoy despierto, así que no habrá problema en narrarla. Además, no todos los días uno se encuentra con alguien como tú de oyente-

El Hombre de Madera comenzó a abrir los miembros, las palmas de las manos, todo lo que tenía apretujado contra su pecho; el Niño Negro pudo ver que el ramaje que cubría su brazo derecho estaba rematado en una flor, pero era una flor marchita, seca, blanca y gris como él. Luego de haber mirado un momento la flor, el Hombre de Madera comenzó a narrar su historia.

“Hace mucho, mucho tiempo atrás, comencé a existir, y era en ese entonces poco más que un poco de polvo y tierra. Por entonces rondaba el espacio como lo haces tú ahora, y comenzaba a agruparme con más motas de polvo y más pedruscos. Al fin, crecí lo suficiente como para nuclearme con mucha, muchísima fuerza, la fuerza de la atracción, la fuerza de gravedad.

Entonces, casi como de la nada, empezó. No podría decir muy bien cómo, pero empezó. Al principio era apenas una caricia en ciertos lados míos, en ciertas superficies. Luego se transformó en una picazón molesta, difícil de rascar sin tener que moverme lo suficiente.

Al final era tan molesto que tenía que rascarme, pero no podía hacerlo sin tener que sufrir horribles modificaciones. Moverme por completo, además, tardaba mucho tiempo, y no lograba

extinguir una picazón sin que hubieran nacido tres o cuatro más. Todo esto era la molestia de la vida, que empezaba a desparramarse por encima de mí, lentamente al principio, con violencia luego.

Decidí aceptarlo, así como decidí quedarme cerca de este sol y de ningún otro, y opté por una dirección hacia donde girar y cómo moverme. Decidí dejar la vida pulular dentro y fuera de mí, sobre y encima de todo lo que yo era. Fue entonces cuando sucedió lo más inesperado.

De una manera u otra, la vida que estaba dentro y fuera de mí empezó a intentar comunicarse conmigo. De manera tosca al principio, lograron hallar unas cuantas maneras de expresarse y hacerme entender qué era, quiénes eran (porque eran muchos, millones). Entonces supe que esa picazón que sentía era justamente la necesidad de hablar, de comunicarme, de ayudar a esa vida que, con esfuerzo y dolor, comenzaba a reptar encima de mí.

Los ayudé, claro que los ayudé. Durante muchísimo tiempo fui benévolo, fui astuto y les facilité muchos recursos para su desarrollo y felicidad. Lo triste fue que luego de un tiempo ellos comenzaron a olvidarse de la manera de comunicarse conmigo. Comenzaron a verse a sí mismos más que a mí, lo que los contenía. Sin quererlo, yo me había transformado en algo más que una plataforma, una Madreselva que los contenía, los nutría y los hacía existir. Sin mí no eran nada, pero conmigo terminaba siendo nada más que roca y polvo, inerte aire y agua. Tenía una sensación cada vez más creciente de placer interno al verlos progresar pero, a la vez, la preocupación de que, al haberme olvidado, comenzarían a equivocarse y comenzarían a rascarme lo suficiente como para herirme.

Tienes que comprender, Niño. Uno se rasca porque algo le pica; pero si rasca lo suficiente puede dañarse irreparablemente. Todo lo que ellos hacían, en un principio, era rascarme, y yo era feliz haciéndolos felices, y ellos eran plenos en el perpetuo círculo que habían creado.

Luego de un tiempo olvidaron el vínculo, y ese fue el error que desencadenó todo. El error que descaderó nuestro círculo y lo fragmentó en mil pedazos. No se puede esperar fruto sin cultivar y sin embargo, ellos lo esperaban. Y yo, como Madreselva que era, no iba a decepcionarlos. Era generoso, era hermoso; lo tenía todo sin darme cuenta que ellos no me daban nada.

A la larga, la picazón comenzó a doler. Tuve que volver a moverme, a contraerme, a rehacerme de nuevo. Acomodarme para que unos miembros no se quedaran dormidos, estacionarme para que ellos pudieran volver a hacerse. Pensé que, agotada la comunicación inicial, ellos comprenderían las advertencias. Contemplé cómo continuaban rascando con hastío, cómo buscaban el daño en vez del conformismo.

Volvieron a hacerme daño, negligentes y poco completos. Supe que tenía que hacerlos entender de una manera o de otra. Comencé a moverme más rápido y a alterarme de manera más atroz, dándoles en el medio miríadas de terror y fantasía. Tampoco pudieron comprender los arco iris, ni tampoco los sueños. Especialmente los sueños.

Los sueños, tienes que entender, eran la verdadera manera de comunicarse conmigo. Pero como el Niño que se refleja en un lago ve un niño y no ve el lago, así miraban sus sueños buscando en su propio ego la respuesta a algo que era tan mío como de ellos. Todos éramos felices en un principio; pero el olvido nos llevó a un punto atroz.

Francamente, en ese punto ni ellos ni yo nos tolerábamos el uno al otro. Creo que estábamos hechos para terminar como terminamos; pero ésta, mi Niño, es una historia triste o, en todo caso, completa.

Llegó el punto en el cual su vida, su tesoro máspreciado, también dejó de importarles. Y ahí, perdida toda esperanza de comprensión, tuve que comenzar a moverme y a contraerme, a encogerme en todo caso, con verdadera violencia. Hubo mucho dolor de ambos lados; ellos buscaban dañarme, yo buscaba cesar el dolor. Y, finalmente, llegó el momento que ninguno de los dos, ni ellos ni yo, quería que llegara.

Sin quererlo, obedeciendo a leyes que son superiores a lo que yo comprendo, comencé a contraerme del todo. Inclusive las formas de vida más inofensivas y estacionarias, que jamás me habían hecho daño, tuvieron que pagar por lo que el resto hizo. Todos comenzaron a echar raíces dentro de mí, y yo en ellos; todos volvimos al ciclo básico de donde habíamos aparecido, y ellos dejaron de ser lo que eran, para transformarse en apenas un adorno de mí.

Yo también quedé reducido. Como ves, asumí una forma que jamás tuve, y volví a ser apenas un puñado de materia en lo infinito del universo.”

El Hombre de Madera miró nuevamente a la flor con lentitud. La flor parecía lo suficientemente frágil como para hacerse polvo en cualquier momento.

-Esto es todo lo que quedó de ellos- dijo el Hombre de Madera
-Esto es lo que quedó de ambos. Apenas un recordatorio de lo que fuimos. Para que otros sepan qué es lo que puede pasar si

el éxtasis del círculo es respetado, o si el círculo es destrozado. Y todos los peregrinos (como tu y yo, o como eran ellos) que desean pasar por aquí y oír mi historia, son invitados a oírlos-

El Niño Negro no terminaba de entender muy bien de qué hablaba ese hombre, pero sentía que los crujidos de la madera en su cabeza hablaban de cierta melancolía. Más que las palabras, el mensaje telepático era nostálgico, casi triste. Y eso era lo que verdaderamente entendía.

-¿Entiendes, Niño?- dijo el Hombre de Madera -Estás hablando con el cadáver, el esqueleto de lo que fue alguna vez el planeta. Soy apenas el fantasma de un gigantesco mundo que existió y ya no es. Todo lo que fue queda en mí, bajo esta forma, y soy tumba y epitafio de todos ellos y de mí-

El Niño Negro se ponía triste de oír a aquel hombre. Sin embargo, sintió que nada podía hacerse por él. Había pasado un punto en el cual se había estacionado y un punto en el cual se había movido; ahora la estasis dominaba cada aspecto de su existencia, al punto de repetir la moraleja de un planeta desoído a quien pasara por ahí.

-¿Y tú, Niño?- dijo el Hombre de Madera -¿Cuál es tu historia? ¿Acaso no eres tú también la tumba y el epitafio de unos y otros que existieron antes?-

El Niño Negro se miró las manos negras, negras, negras. Realmente no sabía contestar esa pregunta. Era justamente lo que la Enana Blanca le había dicho. Pero todo resultaba cada vez más lleno de acertijos.

-No lo sé- dijo el Niño Negro, con cierta insatisfacción interna.

El Hombre de Madera se sonrió y se encogió nuevamente, volviendo a su posición original. Con una ligera sonrisa en su boca, volvía a cerrar los ojos de madera, muy, muy despacio.

-Entiendo- le dijeron los crujidos de madera –Todavía no rescataste de tu lengua las memorias de tu pueblo. Comprendo-

El Niño Negro se quedó mudo. ¿Era realmente algo similar a ese Hombre de Madera?

-Disfruta tu paz, Niño Negro- dijo el Hombre de Madera – Pronto sabrás quién eres. Has oído de mí lo que necesitabas; ve y disfruta de tu paz. Recuerda a los otros, y recuérdate a ti mismo-

El Niño Negro quedó solo, nuevamente, y solo entonces se dio cuenta de que todo ese tiempo había estado solo, siendo ese Hombre apenas lo inanimado de algo que ya no existía, la lápida como resabio de una instancia que jamás volvería a repetirse. Y sintiendo por vez primera, con tanta intensidad, la mordedura de la soledad, solo pudo atinar a irse, despacio, hacia algún otro rincón del espacio.



-Fin del capítulo 6-

Próximo capítulo
Estación Terminal



Contamusa